

Un libro notable

Nikolaus Joseph Jacquin's American Plants. Botanical Expedition to the Caribbean (1754-1759) and the Publication of the Selectarum Stirpium Americanarum Historia

SANTIAGO MADRIÑÁN

Brill, Leiden - Boston, 2013, 425 págs., il.

CUANDO JOSÉ Celestino Mutis llegó a Cartagena, en 1760, había sido precedido por otro viajero europeo, también historiador natural, pero a la orden de otro monarca. Nicolás José Jacquin fue enviado por el emperador Francisco I del Sacro Imperio Romano Germánico quien, de su puño y letra, ordenó que le trajeran desde pájaros hasta conchas y monedas. Esos objetos serían un símbolo del poder de su imperio, así como de la sabiduría de su monarca. El 27 de marzo de 1758, Jacquin llegó a Cartagena. Los tesoros que le llevará al emperador los encontrará en las islas del Caribe y en las costas de la actual Colombia. Su trabajo de identificación y sistematización de la flora le darán a conocer como el “Linneo austríaco”.

El libro de Santiago Madriñán se inserta así en una larga y amplia tradición de literatura histórica sobre expediciones y viajeros en Colombia y la Nueva Granada. La bibliografía en efecto es amplísima: trabajos de botánicos interesados en la historia como Enrique Pérez Arbeláez y Santiago Díaz Piedrahita; estudios históricos como los de Jorge Arias de Greiff, Renán Silva, Efraín Sánchez, Michael Zeuske y, muy recientemente, Nancy Appelbaum; análisis desde la sociología de la ciencia de Olga Restrepo, José Antonio Amaya y Mauricio Nieto. La lista no es ni mucho menos exhaustiva y seguramente seguirá creciendo, entre otras razones, porque los viajeros también permiten contar historias ‘de aventuras’.

Sin duda, eran tiempos y parajes peligrosos y este libro sobre Jacquin lo recrea con la pasión de Emilio Salgari. En efecto, el “vienés” (nació en Holanda de familia francesa) debió sobrevivir a los ataques piratas que pusieron su vida en riesgo, huracanes que se llevaron parte de lo recolectado y

enfermedades que lo postraron casi hasta la muerte. Aunque viajaba con una presentación escrita por el emperador, como embajador del Imperio, la guerra entre Francia e Inglaterra se atraviesa en forma permanente en su empresa. Por último, tras cinco años de exploración, regresa a Europa con siete naves a través de distintas rutas para evitar la pérdida total de la valiosa y sufrida carga: aves, mamíferos, moluscos, delicadas conchas, además de una variedad de semillas que harían de los jardines de Viena el equivalente de lo que era Kew Gardens para el Imperio británico y que Joseph Banks no dudó en calificar como igualmente rico. Cuando llega a Viena, para entregar los tesoros, Jacquin tiene treinta y dos años.

El autor ha escrito un libro notable, por la recreación rigurosa de un pasaje del que sabíamos poco a pesar de la importancia que tiene para la historia de la ciencia y, en particular, para la historia de la botánica. Más aun, si bien el segundo capítulo se enfoca en las vicisitudes y las aventuras del joven por un Caribe peligroso y extraordinariamente rico, los otros dos capítulos y los anexos convierten la obra en una referencia importantísima para quien desee estudiar la historia natural de los siglos XVIII y XIX. En el primero, tenemos los antecedentes biográficos y familiares de Nicolás José, barón de Jacquin, gracias a lo cual entendemos cómo llegó a Viena, siendo holandés de nacimiento, su compleja y ecléctica formación y su erudición temprana. Pero tal vez es el tercer capítulo el más rico desde el punto de vista historiográfico y analítico. Aquí el autor narra con la meticulosidad de un botánico obsesivo cómo Jacquin no solo se esforzó por clasificar los especímenes que encontró siguiendo la taxonomía canónica de Linneo, con quien mantuvo una rica correspondencia, que el autor revisó; además, entendió que el reconocimiento a su trabajo dependía tanto de su experticia para reconocer lo que era nuevo y valioso, como de la circulación de sus hallazgos. En otras palabras, a diferencia de Mutis, el austríaco supo que era esencial insertarse en la república de las letras. Esa gestión de su *Selectarum Stirpium Americanarum Historia*, fue vital. Ese trabajo de construcción de redes los científicos

de entonces y de hoy lo realizan como parte de su práctica y lo narra Madriñán señalando los esfuerzos, también heroicos de este personaje, para que su obra se editara y se editara bien. Desde la construcción de las plantas a través de láminas, dibujadas por el jardinero que lo acompañó en la misión (Richard van der Schot), hasta la calidad del papel, eran fundamentales para producir el nuevo conocimiento.

Los anexos del libro son capítulo aparte: a diferencia de los apéndices, que el lector podría obviar, en este caso tenemos una parte sustancial del trabajo, hallazgos y análisis del autor. Las plantas en el primer anexo, los animales en el segundo y las publicaciones de Jacquin enriquecen la obra con aportes del Madriñán botánico. Este libro será de interés para los taxidermistas también, porque se ha tomado el trabajo de interpretar las láminas y los nombres dados por Jacquin a la flora que llevó a Viena para gloria del Imperio.

La edición del libro es impecable, las ilustraciones son formidablemente bellas y permite admirarlas como lo que también son, obras de arte. La tipografía facilita una amena lectura y las láminas producen un placer incluso para quien solo esté interesado en deleitarse con la representación del siglo XVIII de la flora y fauna del Caribe. Un libro así tiene una limitación seria: su precio lo hace inaccesible para el común de las gentes. Es un libro que se pueden permitir bibliotecas y unos pocos coleccionistas. Tal vez la calidad de las imágenes obliga a una edición de lujo y no permita bajar la calidad del papel. De otro lado, es posible que el libro sea un excelente candidato para una edición digital, la cual permitiría usar recursos que enriquecerían su lectura y ampliaran su público.

Madriñán brinda una historia que muestra los albores de la globalización occidental: Jacquin fue un botánico holandés, de origen francés, con formación en clásicos griegos y latinos, considerado uno de los grandes científicos austríacos, cuya contribución y reputación provienen de saber insertar las plantas que recolecta en el Caribe, con la ayuda de un esclavo africano, usando el canon del gran científico sueco Carl von Linneo. El esfuerzo de Madriñán es el resultado del trabajo de un apasionado biólogo históricamente

RESEÑAS		
<p>informado. No hay errores historio- gráficos ni simplificaciones de las que suelen hacer gala quienes creen que las ciencias sociales carecen de rigor alguno. En ese sentido, se agradece el respeto por este oficio, que el autor de- muestra con el cuidado con el que se aproxima a la vida y obra de Jacquim, un personaje tan importante para la botánica como olvidado por la histo- ria de la ciencia. De manera personal me habría gustado ver un poco más de discusión sobre la manera en que se “construyen las plantas para el rey”, para recordar la expresión de Mauri- cio Nieto, pero entiendo que el análisis desde los estudios sociales de la ciencia no era el objetivo del libro. Aunque no sea un libro en clave sociológica, no es difícil encontrar los elementos de una historia social en el sentido que alguna vez le dio Bruno Latour: donde la polí- tica y la ciencia se relacionan a través de soluciones de continuidad. En efec- to, la narración de Madriñán muestra que los actores de este episodio son, además de los seres humanos, también plantas, libros, editores, imperios, pira- tas, barcos, vientos, huracanes, reyes, armas, mareas, jardines, láminas, etc. En suma, la flora y la fauna que lleva Jacquim es el ensamblaje de todos es- tos objetos. Tal vez el libro naturaliza estos “hechos” sin indagar la forma en la cual lo que llamamos realidad es el resultado de negociaciones entre acto- res de distintos tipos. No obstante, más que un realismo ingenuo, se trata de un silencio que no dio pie para explorar el principio de reflexividad que David Bloor enunció hace ya cuarenta años y tan pocos analistas han aplicado. Di- cho eso, hace un aporte al insertar una historia natural en las contingencias de sus actores, pero también en los in- tereses que la motivaron y la hicieron posibles: la existencia de un entrama- do colonial acá y las ansias de acumu- lación de nuevos objetos allá.</p> <p>Madriñán produjo una obra con la meticulosidad y paciencia del botáni- co y la pasión por la aventura del via- jero. Con la primera logra descifrar textos tan abigarrados como la taxono- mía misma de Jacquim; con la segun- da, encontró y organizó documentos y libros hasta hoy enterrados en Colom- bia, Austria, Alemania, Italia, Suecia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, lo</p>	<p>que le agradecemos los historiadores y bibliotecarios.</p> <p style="text-align: right;">Alexis de Greiff A.</p>	